

impertérritos, ejército regimentado de piratas á las órdenes de un jefe, que caían de improviso sobre las poblaciones de las costas, ó se remontaban con asombrosa rapidez por las embocaduras de los ríos, para devastar tierras, degollar habitantes, hacer cautivos, y derramar sangre humana sin perdonar sexo ni edad: esos terribles facciosos de los mares que tan funestamente se habían hecho conocer en la Inglaterra y en la Galia, aparecen por primera vez en la costa de Asturias con gran número de naves en el principio del reinado de Ramiro. Hacen su primera tentativa de desembarco en Gijón (843): pero ante las fortificaciones de la ciudad, y ante la actitud enérgica de los asturianos, desisten de la empresa, pasan adelante y van á desembarcar en el puerto Brigantino (Coruña).

Ramiro no se ha descuidado; un ejército cristiano cae intrépidamente sobre aquellos salteadores; muchos murieron; varias de sus naves fueron incendiadas, y viéronse forzados á abandonar aquellas costas fatales, y á tentar mejor fortuna en las de Lusitania y Andalucía. Allá van escarmentados por Ramiro el cristiano, á inquietar las poblaciones musulmanas, remontando el Guadalquivir hasta Sevilla, á continuar su obra de saqueo y de pillaje, á pelear con las huestes de Abderrahman, hasta que son obligados á retroceder por los Algarbes, donde repiten los mismos estragos, y por último acometidos por los guerreros de Mérida, de Santarén y de Coimbra reunidos, desaparecen de aquellos mares (844). Honra fué del monarca de Asturias haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habían logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos Estados (1).

Con la misma intrepidez peleó Ramiro con los árabes, vencidos en dos batallas (2): sin que otra cosa añadan las antiguas crónicas. Por lo mismo, y por no apoyarse en fundamento alguno racional histórico, ha rechazado ya la sana crítica la famosa victoria de Clavijo que historiadores posteriores atribuyeron á este príncipe, y que ha constituido por siglos enteros una de las mas generalizadas y populares tradiciones españolas (3).

(1) Salmant. Chron.—Id. Silens.—Conde, cap. 44.—Ann. Berlin.—Des Roches, Hist. de Dinam.

(2) *Adversus saracenos bis praeliavit et victor exiit.* Seb. Salm. Chron.

(3) Hé aquí en sustancia lo que cuenta de esta batalla el arzobispo don Rodrigo, verdadero autor de la leyenda. Indignado el rey Ramiro de que Abderrahman de Córdoba le hubiera reclamado el tributo de las cien doncellas, á que suponen hallarse sujeto Mauregato, convocó en León á los prelados y abades, á los párrocos y varones ilustres del reino, y con su consejo declaró la guerra á Abderrahman. Marchó el ejército cristiano contra los moros, dirigiéndose á la Rioja. Hallándose hacia Albelda, junto Logroño, se vieron acometidos los cristianos por un ejército numerosísimo de moros, no solo de España sino de Marruecos y de otros países de África. La batalla fué desgraciadísima para los nuestros, los cuales se retiraron á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. A pesar de la derrota y la tristeza el rey se durmió, y entonces se le apareció en sueños el apóstol Santiago, el cual le habló amistosamente y le alentó á que volviera al día siguiente á la pelea, seguro de que quedaria vencedor, pues él mismo combatiría á la cabeza del ejército cristiano. Atónito el rey, comunicó esta aparición al amanecer á los grandes y prelados, y al ejército mismo, y todos locos de alegría no ansiaban ya sino el momento de entrar en combate bajo la dirección de tan ilustre capitán. Recibieron antes los Santos Sacramentos; llegó la hora de la lid, y exclamando: ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Cierra España! (costumbre que quedó desde entonces al entrar en las batallas), comenzó la pelea, y con el socorro visible del Apóstol, que se apareció en los aires caballero en un blanco corcel y vestido él mismo de blanco, con espada en mano, fué tal el estrago que hicieron en los infieles, que quedaron en el campo mas de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra. Mariana, que acogió sin examen ni crítica todo lo que halló en don Rodrigo, añadió por su cuenta no pocas circunstancias á la batalla, entre las cuales no podían faltar las arengas de costumbre.

Ni el monje de Albelda, ni el de Silos, ni Sebastian de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas dicen una sola palabra de un suceso que, á ser cierto, no le hubieran omitido en verdad. El primero que le mencionó fué el citado arzobispo que escribió cuatro siglos después.

Sobre esto se fundó, ó acaso fué él mismo el fundamento de la fábula, el célebre privilegio ó diploma de don Ramiro, llamado del *Voto de Santiago*, por el que se supone haber hecho la nación española voto general y perpetuo de pagar anualmente á la iglesia de Santiago cierta medida de los primeros y mejores frutos de la tierra, y de aplicar al Santo Apóstol una parte de todo el botín que se cogiese en todas las expediciones con-

No menos piadoso y devoto Ramiro que sus predecesores, erigió cerca de Oviedo varios templos, que aun subsisten hoy, notables, ya no solo por su admirable solidez, sino tambien por cierta regular proporcion y belleza de arquitectura, que todavía merece los elogios de los distinguidos artistas que visitan aquellos célebres lugares, y que justifica las alabanzas que se leen en el cronista Salmantino. Es notable entre aquellos el que con la advocacion de Santa María edificó á la falda del monte llamado Naranco, á menos de media legua de Oviedo. Sin otros hechos importantes que las crónicas hayan consignado, terminó el honroso reinado del primer Ramiro en 850. Sus restos mortales fueron sepultados en el panteon de los reyes erigido por Alfonso el Casto, y su muerte no alteró la especie de armisticio tácito que había entonces entre los sarracenos y los cristianos de Galicia.

No era por el Norte sino por el Oriente de España por donde ardía entonces vivamente la guerra. Los hijos de Pepino, resentidos de la exclusion á que se los había condenado en la particion del imperio, se conjuraron en la Septimania contra Carlos el Calvo, y ayudábalos secretamente Bernhard, el conde de Barcelona, con la mira ulterior de hacerse independiente. Pronto y caramente pagó su deslealtad al que pasaba por su hijo. Carlos el Calvo en una asamblea de Tolosa á que le mandó comparecer le hizo condenar á la pena de muerte, que dicen ejecutó por su propia mano, y añaden que, poniendo el pié sobre su cadáver, «¡Maldito seas, exclamó, que has mancillado el lecho de mi padre y tu señor!» Cuyas palabras prueban que Carlos no desconocia su origen y que cometia á sabiendas un parricidio (4). Acto continuo nombró conde de Barcelona al godo Aledran, pariente de Berenguer. Propúsose Guillermo, hijo de Bernhard, vengar la muerte de su padre, atacó á Aledran, se declaró en favor del hijo de Pepino contra Carlos el Calvo, é invocó el auxilio de Abderrahman de Córdoba. Al propio tiempo levantábase los vascones con su conde Aznar contra el rey Pepino de Aquitania: de forma que, de una y otra vertiente de los Pirineos hornigueaban las facciones en términos que no es extraño que San Eulogio de Córdoba

tra los moros, contándole como el primer soldado de caballería del ejército cristiano, cuya percepcion continuó realizándose hasta tiempos muy recientes. La falsedad de este pretendido documento ha sido tambien evidenciada por muchos sabios y críticos españoles de los tres últimos siglos entre los cuales podemos citar al maestro José Perez, *Disertaciones eclesiásticas*, tit. *Diploma celeberrimum de Voto*; al canónigo de Lugo don Joaquín Antonio del Camino, en su *Disertacion impresa en el tomo IV de las Memorias de la Real Academia de la Historia*; al duque de Arcos, en su *Memorial á Carlos III*; don Lázaro Gonzalez de Acebedo en otro *Memorial* al duque del Infantado; Ortiz, *Discurso Histórico legal sobre el pretendido diploma del Voto de Santiago*; y pueden verse tambien, Florez, *España Sagrada*, tom. XIX, Ferreras, *Sinopsis*, t. IV, Masdeu, *Historia Crítica*, tom. XII, Sabau en las notas á Mariana, libro VII, cap. 13, y las razones que se expusieron en las Cortes de Cádiz de 1812, en que se abolió el tributo conocido con el nombre de *Voto de Santiago*: Diario de las Sesiones: Toreno, *Revolucion de España*, lib. XXI.

Las razones que principalmente demuestran lo apócrifo del diploma, son: el lenguaje en que está escrito, impropio de un rey cristiano; suponerse la corte del reino en León, donde aun no residian los monarcas; la firma de un arzobispo, cuyo título no se conocia todavía en España; mencionarse un arzobispo de Cantabria que no se conoció nunca, y estar fechado el año 834, ocho antes que comenzara á reinar Ramiro, lo cual obligó á Mariana á decir con una naturalidad recomendable: «Puedese sospechar que en el copiar del privilegio se quedó un diez en el tintero: el original, añade, no parece.»

Sin embargo, no podemos tolerar la severidad con que suelen tratarnos los críticos extranjeros porque en nuestra historia se hayan mezclado invenciones como la de la batalla de Clavijo, como si no fuese comun achaque de las historias de todos los países. Y para que se vea la injusticia con que en esto proceden, el mismo historiador Pedro de Marca, arzobispo de Paris, que de tan absurda califica esta aparición del apóstol Santiago en Clavijo, refiere como cosa muy cierta que en una batalla que dieron los franceses á los normandos en 980, se apareció delante del ejército el mártir San Severo, en traje de capitán, montado tambien sobre un caballo blanco, matando y arrojando á los enemigos, en memoria de cuyo milagro el duque de Gascuña, Guillermo Sanchez, fundó el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre, por voto que de ello hizo. Así los mismos que tan acremente nos censuran por nuestras tradiciones populares, las imitan ó las copian acaso mas absurdas.

(4) Annal. Fuld.—Hist. gener. de Languedoc, tomo I.

dijera en una de sus cartas que no había podido pasar á Francia por las bandas armadas que infestaban aquellos países. Cruzábanse las conspiraciones y se hacian y deshacian con admirable facilidad las alianzas mas extrañas. Los árabes coligados con Guillermo en 846, hacian paces con Carlos el Calvo en 847, pero Guillermo, peleando solo y por su cuenta, se apoderó en 848 de Barcelona y de Ampurias y al año siguiente logró hacer prisionero á Aledran. Poco le duró el contento. En 850 fué á su vez vencido por los partidarios de Aledran, que repusieron á este en el condado de Barcelona.

Las vicisitudes se sucedian rápidamente. En este mismo año vuelven á romperse las paces entre Carlos el Calvo y Abderrahman II, y dos ejércitos musulmanes pasan el Ebro. El uno de ellos pone sitio á Barcelona, y declarándose los judíos por los islamitas, les abren las puertas de la ciudad, mientras una flota sarracena devastaba de nuevo las costas de la Provenza. No se empeñó Abderrahman en conservar á Barcelona, contentóse con desmantelarla y con perseguir á los enemigos hasta las tierras de los francos. Si no pereció Aledran en aquella invasion, por lo menos no volvió á saberse de él, y en 852 hallamos establecido como conde de Barcelona á Udalrico.

Todo iba entonces prósperamente para los musulmanes. El emperador Teófilo de Constantinopla enviaba á Abderrahman nuevos embajadores solicitando con urgencia su alianza y su ayuda. La marina musulmana recorría las costas de la Galia Meridional y de la Toscana, enseñoreaba el Mediterráneo, y llenaba de terror á la Europa entera: y otros sarracenos, no declaran bien las historias si de España ó de Africa, se atrevian á avanzar hasta las puertas de la capital del mundo cristiano, devastaban los arrabales de Roma, y saqueaban las iglesias de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros sobre el camino de Ostia: gran conflicto, y sobresalto grande para la cristiandad.

Días amargos y de ruda prueba estaban pasando ya los cristianos de Córdoba. La tormenta de la persecucion que anunciamos antes, descargaba ya con furia sobre aquellos fieles que hasta entonces habían logrado gozar de cierta libertad y reposo, y á la era de tolerancia había sucedido una era de martirio. ¿Qué había motivado este cambio? ¿No tenia fama de humanitario y generoso el segundo Abderrahman? Teniala, y los historiadores árabes cuentan el siguiente rasgo de su corazon benéfico.

Habia afligido en 846 á las provincias meridionales una sequía espantosa: faltaron las cosechas, se abrasaron las viñas y los árboles frutales; no quedó yerba verde en el campo; agotáronse los pozos y los abrevaderos; los ganados escuálidos morian de inanición; las risueñas campiñas se convirtieron en soledades horribles, sin vivientes que las atravesaran; muchas familias pobres emigraron á Africa huyendo del hambre; la miseria hacia estragos horribles, y para completar este cuadro desconsolador un viento solano que sopló de Sahara envió una plaga de langosta que acabó de consumir las pocas subsistencias que quedaran. Abderrahman entonces apareció como un ángel de consuelo; suspendió la guerra santa y abrió las arcas del tesoro; distribuyó limosnas á los pobres, perdonó las contribuciones á los ricos, empleó los jornaleros en obras públicas, hizo por primera vez empedrar la ciudad, y de esta manera continuó curando los males del pueblo, hasta que Dios, dicen sus crónicas, se apiadó de los musulmes, y el rocío del cielo bajó á refrescar los campos. Esta conducta de Abderrahman hizo que los mismos que antes le murmuraban le amaran y llenaran de bendiciones.

¿Cómo este mismo Abderrahman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguió despues crudamente á los cristianos? Examinemos las causas de este sangriento episodio.

A pesar de la tolerancia del gobierno musulman, y á pesar de haber adoptado mucha parte de los mozárabes el turbante, el albornoz y el calzon ancho de los musulmes, conservábase vehementes antipatías entre los individuos de las dos religiones, en cada una de las cuales había fanáticos que creian contaminarse con solo tocar los unos la ropa de los otros. Entre ciertas clases del pueblo es difícil, si no imposible, que haya la suficiente prudencia para disimular estos odios y animosidades, y que no las dejen estallar en actos positivos de

recíproca hostilidad; y esto era lo que acontecia, sin que bastara á evitarlo el celo y vigilancia, así de los cadíes árabes como de los condes cristianos. Los alfaquíes, ó doctores de la ley, y algunos musulmanes exagerados, cuando oían tocar la campana que llamaba á los cristianos á los divinos oficios, tapábanse los oídos, y hacian otras demostraciones semejantes, prorumpiendo á veces en exclamaciones ofensivas, y á veces tambien poníanse á orar por la conversion de los que ellos llamaban infieles. Los cristianos, por su parte, cuando oían al muezzin desde el minaret ó torre de la mezquita llamar á la oracion á los musulmes, hacian iguales imprecaciones y poníanse á gritar: *Salva nos, Domine, ab auditu malo, et nunc, et in aeternum*. Con esto exasperábanse unos y otros, y á la provocacion y á los denuestos seguíanse las riñas, las violencias y los choques.

La ley hacia esta lucha muy desventajosa por parte de los cristianos. Aunque gozaban de la libertad del culto, las palabras del Profeta daban mil ocasiones y pretextos para que fuesen molestados y perseguidos. El cristiano que pisaba una mezquita, ó había de abrazar la fe de Mahoma, ó era mutilado de piés y manos. El que una vez llegaba á pronunciar estas palabras de su símbolo: «*No hay Dios sino Dios y Mahoma es su Profeta*,» aunque fuese solo por juego ó en estado de embriaguez, ya era tenido por musulman y no era libre de profesar otro culto. El que tenia comercio con mujer musulmana, entendiase que abrazaba su religion. El hijo de mahometana y de cristiano ó vice-versa, el *mulado* ó *muzlita* (1), era reputado por mahometano tambien; porque el Profeta había dicho muy astutamente que tenia que seguir aquella de las dos religiones del padre ó de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho ó de palabra injuriaba á Mahoma ó á su religion, no tenia otra alternativa que el mahometismo ó la muerte.

Con esto comenzó una serie de persecuciones y de martirios, á que ayudaba por una parte el celo religioso, á las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monjes y sacerdotes, que ó alentaban á los demás ó se presentaban ellos mismos á buscar la muerte. El monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó á predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aun á provocar al cadí ó juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de órden de Abderrahman le dió el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varon muy versado en las letras divinas y humanas, exhortaba incansablemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fe de Cristo y á injuriar la religion de Mahoma. Así lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasion escribió un libro titulado: «*Enseñanza para el martirio*.» Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento periodo, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba los primeros tiempos de la Iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecia el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban mas los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Vióse con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de órden de un califa musulman. Convencido Abderrahman de que cada suplicio de un mártir no producía sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto á los martirios voluntarios, y los obispos, ó por debilidad ó

(1) Estos *mulados* (de donde vino nuestra voz *mulato*), *muzlitas*, *mozlemitas* ó *marludines*, eran los hijos ó nietos de musulmanes no puros, sino que habían sido cristianos renegados, ó hijos de cristiana y musulman, ó de mahometana y cristiano. Como el número de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya mas los *mulados* que los árabes puros: de aquí las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta.